

# EXPEDIENTE BÉCQUER



J. R.  
Barat

nueve años

# EXPEDIENTE BÉCQUER

J. R.  
Barat

## Índice

CAPÍTULO 1. Esto es una castaña . . . . .	7
CAPÍTULO 2. Amapolas en octubre . . . . .	19
CAPÍTULO 3. No soy idiota . . . . .	31
CAPÍTULO 4. Merlín el Encantador. . . . .	43
CAPÍTULO 5. El mundo es un manicomio . . . . .	53
CAPÍTULO 6. Un beso rápido . . . . .	61
CAPÍTULO 7. El chico de la bicicleta . . . . .	75
CAPÍTULO 8. Una cuestión de vida o muerte . . . . .	87
CAPÍTULO 9. Detective con sombrero . . . . .	99
CAPÍTULO 10. Una historia muy larga. . . . .	115
CAPÍTULO 11. Prométeme que no te vas a reír de mí	129
CAPÍTULO 12. Todo aquello era absurdo . . . . .	143
CAPÍTULO 13. Completamente infeliz . . . . .	157
CAPÍTULO 14. Últimas voluntades . . . . .	165
CAPÍTULO 15. Demasiadas incógnitas . . . . .	177
CAPÍTULO 16. Descansa en paz . . . . .	189
CAPÍTULO 17. Jugando al fútbol . . . . .	201
CAPÍTULO 18. Salvemos al pueblo español. . . . .	215
CAPÍTULO 19. ¿Qué está pasando aquí?. . . . .	225
CAPÍTULO 20. En manos de la providencia . . . . .	237
EPÍLOGO . . . . .	249

nueve alas

VICENS VIVES

**EXPEDIENTE  
BÉCQUER**

Todo comenzó el primer viernes de octubre, en la última clase de la mañana. Emilio, el profesor de Lengua y Literatura, nos dijo que había que leer a un tal Gustavo Adolfo Bécquer, un poeta que había muerto de tuberculosis con treinta y cuatro años hacía mucho tiempo. Mis compañeros de clase comenzaron a silbar y a abuchear al profesor cuando comentó que el último día de octubre nos pondría un examen, y que más nos valía empezar a leer en serio porque no serviría solo con los resúmenes y comentarios que pilláramos en internet. Había que leer. Emilio es zorro viejo y sabe que el noventa por ciento de los alumnos intenta pasar los controles de lectura sin haber abierto los libros obligatorios.

Salí de clase en compañía de Lidia y Vanesa. Ambas suelen hacer un paréntesis los fines de semana con los estudios. Nada de libros, nada de apuntes, nada de trabajos. El fin de semana es para divertirse, suele decir Lidia. Divertirse para ella es salir con chicos, ir al parque o a la bolera y perder el tiempo en las redes sociales. Vanesa anda

siempre detrás de Lidia, como un perrito faldero, con los auriculares puestos, escuchando *rock* duro. A ninguna de ellas le gusta estudiar. De hecho, no estudian nunca. Aprueban siempre en las repescas copiando en los exámenes, echando mano de la IA, haciendo la pelota a los profesores y tratando de no llamar mucho la atención en clase.

Al llegar a la esquina de mi calle nos detuvimos.

—Bueno, ¿nos vemos luego en el parque? —preguntó Lidia.

A ella le gustaba ir al parque de Clara Eugenia porque allí se juntaban los chicos para fumar y beber. Siempre andaba enamorada de alguno. Ahora le gustaba Morales, un macarrilla con un tatuaje de un dragón en el cuello que llevaba tres días expulsado del instituto.

—No sé —dije con expresión de fastidio—. He de llevar a Luna al veterinario.

Luna era mi perra. Una cóquer negra, que me habían regalado hacía cuatro años, cuando cumplí los doce.

—Y además quiero adelantar trabajo —añadí—. Prefiero dejarlo todo hecho hoy viernes y así tengo libres el sábado y el domingo. Mejor quedamos mañana.

—¡Buff! —protestó Lidia—. ¡Qué pereza, colega!

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos —añadió Vanesa después de hacer estallar un globito del chicle que mascaba de manera compulsiva.

Las vi marchar por la acera. Lidia era la más alta de la clase. Alta y delgadísima. Vanesa, en cambio, tenía un físico desgarrado. Llevaba el pelo corto, casi al rape, y un pirsin en la nariz que parecía un moco colgante.

Pensé en las tareas que tenía pendientes. Me gustaba aprobar, aunque fuera con notas normalitas. Siempre era mejor eso que suspender y aguantar los discursos y las caras largas en casa. Mi madre no permitía que tonteara con los estudios. Mientras no suspendas y no arrastres ninguna asignatura, tendremos paz, solía decirme cuando hablábamos de mi trayectoria estudiantil. Mi padre era más dulce y me dejaba ir a mi bola.

Al abrir la puerta, Luna se me echó encima, como suele hacer siempre, dándome la bienvenida con saltos y lengüetazos.

—Hola, Luna. ¿Cómo te ha ido el día? —le pregunté agachándome un poco y pasándole la mano cariñosamente por la cabeza y la espalda.

—¡Guau!

Dejé la mochila sobre el sofá y entré en la cocina. Mi padre llevaba puesto un delantal y removía con un cucharón lo que había en el interior de una olla puesta al fuego.

—Hola, papi —le di un beso—. ¿Qué es?

—Potaje de boniatos.

A mi padre le gusta preparar recetas raras que saca de internet. Mi madre es feliz sin acercarse a la vitrocerámica,

porque odia la cocina. Si no fuera por papá, creo que comeríamos todos los días *pizzas* precocinadas.

—¿Dónde está mamá?

—Aquí —dijo ella bajando por las escaleras que conducen a la parte superior de la casa—. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo —le respondí dándole un beso.

—¿Qué tal las clases?

—Bien. ¿Tú conoces a un poeta que se llama no sé qué Bécquer?

Mi madre y yo comenzamos a poner la mesa mientras seguíamos conversando.

—Claro. Se llamaba Gustavo Adolfo.

—Es que Garbancito ha dicho que tenemos que leer sus poemas y sus leyendas.

—¿Garbancito?

—El de Lengua.

—No me gusta que insultes a tus profesores.

—Todos lo llaman así. Es bajito y regordete, como un garbanzo.

—Tendrá un nombre, supongo.

—Emilio.

—Pues ya sabes.

—Vale.

—¿Y tenéis que leer las leyendas de Bécquer? ¿Todas? Me quedé con expresión de boba.

—¿Todas? No sé. Emilio nos ha dado una lista de cinco o seis. La tengo en la mochila.

—Es que Bécquer escribió un montón de leyendas. Desde luego mucho más de cinco o seis.

Mi padre puso la olla en el centro de la mesa.

—¡A comer, señoritas! ¡Basta de cháchara!

—En las estanterías de los libros debe de haber algún ejemplar de Bécquer, seguro —me dijo mamá después de llenar los vasos con el agua de la jarra—. Echa un vistazo.

Me llevé una cucharada de aquel potaje marrón a la boca.

—Puah. Papá, ¿por qué no preparas espaguetis o macarrones como todo el mundo?

—La niña tiene razón, Ramiro.

—Lo mío es la cocina creativa, ya lo sabéis.

Mi madre y yo nos miramos con resignación, pero no dijimos nada. Era imposible que mi padre renunciara a los boniatos, las remolachas y las coliflores en su menú. Y como era el cocinero oficial de la casa, no teníamos más remedio que aceptar nuestro destino.

\* \* \*

Me senté en el sofá con aquel volumen de las *Rimas* de Bécquer en las manos. Un libro no demasiado gordo, con tapas blancas. Después de buscar varias veces en sus páginas, suspiré desalentada.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mamá desde el balcón mientras regaba las macetas—. ¿A qué vienen esos lamentos?

Me levanté del sofá con el libro en las manos.

—Esto es una castaña. Aquí hay un rollo que ocupa la mitad del libro y luego están los poemas, pero de las leyendas no hay ni rastro.

Mi madre dejó la regadera sobre el banco de la cocina y tomó el volumen entre sus manos. Lo ojeó por encima.

—El rollo al que te refieres se llama prólogo. Y es, en realidad, un estudio sobre la poesía de Bécquer. Las *Rimas*.

—¿Y eso me lo tengo que leer?

—Tú sabrás lo que te ha pedido el profesor.

—Emilio ha dicho que leamos las *Rimas* y las *Leyendas*, ya te lo dije. Yo ese prólogo no me lo leo, ni aunque me apunten con una pistola en la cabeza.

—Pues deberías. Si el profesor te va a preguntar, en ese «rollo», como dices tú, puedes encontrar muchas ideas interesantes.

—Lo tienes claro. ¿Y qué hago con las leyendas?

—No sé. Habrá que buscar.

—Voy a llevar a Luna al veterinario. Son ya las cinco y cuarto.

Al oír su nombre, mi perra vino corriendo hasta mí. Cuando me vio con la correa y las bolsitas para los excrementos, empezó a dar saltos y a mover el rabo.

—Luego nos vemos, cariño —me dijo mamá dándome un beso.

—Vamos, Luna.

—Guau.

\* \* \*

Cuando entré en mi cuarto, encontré un libro de color negro encima de mi mesa de estudio: *Rimas y leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Lo abrí y busqué el índice. Comprobé con cierto alivio que en aquel ejemplar, además de las *Rimas*, había muchas *Leyendas*, entre ellas las que había comentado mi profesor: «Los ojos verdes», «El Monte de las Ánimas», «La Venta de los Gatos», «La Rosa de Pasión» y «El rayo de luna».

Bajé al salón. Mis padres estaban viendo una película.

—Mamá, gracias por el libro. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo tenía guardado entre mis cosas de soltera. Me acordé de repente. ¿Te sirve?

—Sí, sí, claro. Gracias.

Regresé a mi habitación, dejándolos solos otra vez. Me senté ante la mesa y encendí el flexo. Me gusta tener el flexo encendido, aunque no sea completamente necesario. La luz amarilla de la lámpara me ayuda a relajar la mente y concentrarme.

Abrí el libro y comencé a leer las *Rimas*. Muchas de ellas eran breves y hablaban de amor.

«Por una mirada un mundo;  
por una sonrisa un cielo;  
por un beso... ¡yo no sé  
qué te diera por un beso!».

Había demasiadas palabras que no entendía, pero más o menos podía captar el significado global de los poemas, aunque a veces me resultaba bastante complicado. Cuando me cansé de leer versos, busqué las leyendas. La primera era «Los ojos verdes» y solo tenía seis páginas. Bueno, creo que podré tragarla entera, me dije. Me puse a desentrañar la historia, que iba de unos hombres que andaban de caza, por el monte, persiguiendo un ciervo herido. Al llegar a un lugar determinado, uno de ellos dijo que no podían seguir adelante porque aquel era un sitio maldito. El jefe del grupo no quería dejar de perseguir al ciervo y aseguró que él no creía en supersticiones, así que decidió entrar solo en el bosque. La maldición se cumple porque el hombre llega a un lago bajo cuyas aguas vive el espíritu de una mujer de ojos verdes. El tipo aquel regresa todas las tardes y se enamora de ella. Un día se tira al agua para abrazarla y se ahoga. Fin de la leyenda.

Me pareció una historia triste y fantástica, con palabras raras, pero muy bien escrita. Me tumbé en la cama con el libro. Todavía me quedaba un poco de tiempo antes de la cena, así que releí algunos poemas. Con Emilio

no basta leer por encima. El tío es un cabroncete y nos hace preguntas para ver si nos pillan. Si lees deprisa y sin enterarte mucho, lo tienes claro.

Me quedé mirando las tapas del libro. Negro brillante. Lo abrí por la primera página y leí una dedicatoria.

«Para Sofía.  
Mi musa, mi luz, mi razón de vivir.  
Tomás L.».

Pestañeeé. ¿Aquella era una dedicatoria a mi madre? Y en tal caso, ¿quién diablos era aquel Tomás?

¿Qué me había dicho mi madre?

Lo tenía guardado entre mis cosas de soltera.

Sonreí. Aquel libro debía de haberle pertenecido cuando tenía mi edad y estudiaba en el instituto. Tomás tuvo que ser algún noviete de su juventud. No me extrañaba nada porque mamá siempre fue un bellezón. Aún lo seguía siendo. Yo me daba cuenta cuando íbamos por la calle. Muchos hombres se daban la vuelta para mirarla.

Volví al salón con el libro en la mano. Quería preguntarle a mi madre por aquel Tomás L., pero por otro lado me daba algo de apuro ponerla en un aprieto delante de papá. Supongo que todos tenemos nuestros secretos.

—¿A qué hora cenamos?

—Cuando acabe la peli, cariño —me dijo mamá sin mirarme. Sus ojos estaban fijos en la pantalla.

Un tipo corría por un camino mientras lo perseguía una avioneta.

—¿Y cuándo será eso?

—Media horita más o menos. ¿Tienes hambre?

—Lo que estoy es aburrida.

—¿Por qué no te sientas un rato con nosotros? —me preguntó papá—. Está muy chula. A ese tipo lo han confundido con otro y quieren acabar con él...

—Es igual, voy a leer un poco más.

Subí de nuevo la escalera con intención de tumbarme en la cama y leerme otra leyenda, pero al pasar por delante de la habitación de mis padres me detuve.

«Mi musa, mi luz, mi razón de vivir». El que había escrito aquellas palabras era un poeta, de eso no me cabía duda. Y la musa, la luz y la razón para vivir era mi madre.

Me asomé tímidamente al cuarto de mis padres. Me da palo meterme allí cuando no están, porque es como si profanara un lugar sagrado. ¿Y si encuentro algo que no debiera encontrar?

Pero la curiosidad me picaba a rabiar. Yo sabía cuál era el armario donde mi madre guardaba sus ropas, sus zapatos, sus cosas personales. Lo sabía porque desde niña la había visto hurgando allí cada vez que buscaba algo con especial interés.

«Entre mis cosas de soltera». La frase retumbaba en mi cabeza.

¿Y por qué había guardado entre sus cosas personales aquel ejemplar dedicado? Al fin y al cabo no era más que un libro como otro cualquiera.

Abrí el armario de mi madre y me quedé mirando su ropa en uso. Perchas con blusas, faldas, camisas, trajes, pantalones... El zapatero con las chanclas, las pantuflas, las deportivas para ir a correr de vez en cuando... Las cosas de invierno: bufandas, gorros, guantes... Vamos, lo normal en cualquier armario. Abrí los cajones. En los dos primeros había ropa interior, bolsos, una caja donde guardaba sortijas, pendientes y pulseras, objetos personales...

Llegué al último cajón. Detrás de unos chales, había una caja metálica, como esas de los membrillos, del tamaño de un ordenador portátil.

La saqué con mucho cuidado, intentando no desordenar la ropa cuidadosamente plegada por mamá. No sabía muy bien por qué estaba hurgando allí. De repente me entró vergüenza. ¿Quién era yo para husmear entre las cosas de otra persona? ¿Qué era lo que buscaba?

No tenía respuesta para ninguna de aquellas preguntas y, sin embargo, a pesar de lo humillante de la situación, no era capaz de detenerme.

Me senté sobre la cama, con la caja en mis rodillas. La miré durante unos instantes, abrumada por las dudas.

¿Qué podía guardar mi madre en ella?

¿Y si la abría?

Contemplé la caja. Sabía que aquello no estaba bien, pero a aquellas alturas no podía echarme atrás. La abrí y ante mis ojos aparecieron varios objetos: una carpeta azul, un sobre blanco de mediano tamaño, un pequeño estuche negro con forma circular y una cartulina gris plastificada.

Tomé la carpeta azul, retiré las gomas y la abrí. Dentro había varios folios doblados. Los desplegué conteniendo la respiración.

¡Eran poemas! ¡Y estaban escritos a mano!

En todos los encabezamientos, la misma dedicatoria: «Para Sofía». Y al pie de todos los poemas, el mismo nombre: «Tomás L.».

Leí por encima aquí y allá. Todos hablaban de amor. Solo de pensar en aquellas intimidades, me puse nerviosa y me entró la risa. Una risa estúpida. En el fondo, me sentía una profanadora de tumbas. No tenía ningún derecho a estar allí, leyendo aquellos poemas que mi madre había guardado como si fueran un tesoro. Al fin y al

cabo, pertenecían a su época de soltera. ¿Quién era yo para juzgar su comportamiento o su vida?

«Tu sonrisa es tan dulce,  
tan tierno tu mirar,  
que contigo, amor mío,  
solo hay felicidad».

Oí ruidos en el pasillo. Doblé los poemas rápidamente, puse las gomas en la carpeta azul y cerré la caja. La volví a dejar en su sitio, detrás de las mantillas. Salí del cuarto, temiendo tropezarme con mi padre o con mi madre, pero me encontré a Luna jugando con una pelota de tenis. Suspiré, aliviada.

—Uff, Luna. ¡Qué susto me has dado!

Mi perra vino hasta mí dando saltos y moviendo el rabo.

—¡Guau!

Le acaricié la cabecita y el lomo. En aquellos momentos oí la voz de mi madre desde el salón.

—¡Susana!

—Sí, mamá.

—¡La cena!

Bajé la escalera, seguida de Luna. A instancias de mi madre comencé a poner los cubiertos, los vasos y los platos sobre la mesa.

—¿Y papá?

—Viene enseguida. Lo han llamado y tiene que enviar un archivo ahora mismo.

Mi padre trabajaba desde casa, como diseñador gráfico. Había convertido una habitación de la planta baja en su despacho y era habitual que anduviera siempre liado con el ordenador, mandando o recibiendo trabajos. A veces, incluso, lo hacían levantarse de la cama a media noche.

—Oye, mamá... ¿Quién es Tomás L.?

Mi madre, que estaba en cucullas, sacando el pan del horno, se me quedó mirando con expresión de perplejidad.

—¿Qué has dicho?

—Es que he visto que en el libro de Bécquer que me has dejado hay una dedicatoria firmada con ese nombre.

Mi madre sonrió, un poco cortada.

—Un admirador que tuve.

—¿Un admirador? Pues debía de admirarte mucho porque... ¡vaya dedicatoria!

Mamá habló sin mirarme mientras aliñaba la ensalada.

—Cosas de juventud. A ese chico le gustaba mucho la poesía y me regaló el libro. Nada más.

—¿Le gustaba la poesía o le gustabas tú?

Mi madre puso la fuente con la ensalada en el centro de la mesa y me censuró con un gesto de falso enfado.

—Señorita, no sea usted tan repelente...

Solté una carcajada.

—No pasa nada, mamá. Es normal que tuvieras muchos pretendientes. Siempre has sido muy guapa...

En aquellos momentos llegó papá.

—Disculpad, pero José Alfredo es un caso... Me ha pedido un archivo que le envié ayer por la tarde. Debe de haberlo borrado en un despiste entre toma y toma de biberones y cambio de pañales de su hijo pequeño...

Mi madre y yo ya no volvimos a cruzar una sola palabra más sobre Tomás L.

\* \* \*

Aquella mañana, Emilio nos estuvo dando la vara con la vida y obra de Bécquer durante toda la clase. Los compañeros bostezaban y dormitaban sin disimulos. Lidia y Vanesa, a mi lado, se pasaron la clase entera tontean-do con el móvil, mandándose mensajitos, y eso que es-tá prohibido utilizar el teléfono en el aula. Emilio es un bonachón, que hace como que no se da cuenta, aunque el tío es más listo que el hambre. Yo creo que ya ha capitulado hace tiempo y piensa que, si un alumno no tiene ganas de estudiar o de atender en clase, peor para él.

A Emilio le debe de gustar la poesía porque cuando comenta las *Rimas* de Bécquer pone mucho énfasis en sus observaciones. Explica las metáforas como si fuera un biólogo destripando insectos. A mí me parece que tiene mucha imaginación.

—¿Y cómo sabes que ese tío quería decir eso? —le preguntó Zurita, el listo de la clase—. ¿No será más bien que tú haces esa interpretación? A lo mejor Bécquer estaba pensando en un bocadillo de chorizo.

Algunos rieron.

Pablo Zurita era de ciencias, claramente. A él le gustaban el álgebra, la química orgánica y la tabla periódica... Lo de las metáforas no iba con él.

—Zurita, las metáforas se interpretan libremente. Es cierto. Y es posible que Bécquer estuviera pensando en un bocata de chorizo, en una oveja o en un pulpo a la gallega. Lo único que tenemos que hacer es intentar comprender la belleza. Solo hace falta un poco de sensi...

En aquellos momentos sonó el timbre y se armó el típico revuelo. Emilio ni siquiera pudo terminar la frase. Todos los alumnos se levantaron y comenzaron a hablar al mismo tiempo, saltando, dando gritos y saliendo al pasillo para corretear libremente.

El profesor se entretuvo unos instantes en recoger sus cosas y meterlas en la mochila de cuero marrón que llevaba a todas partes. Me levanté y me acerqué a él.

—Emilio...

El profesor me sonrió.

—Dime, Susana...

—Quería hacerte una pregunta personal.

—Si no es «muy» personal...

—Bueno, por ahí dicen que tú entiendes de poesía, y basta con ver la pasión que pones al hablar de Bécquer para darse cuenta de que es cierto.

—¿Bécquer? Ah, menos mal que tú no lo llamas «ese tío»...

—Yo no soy como Zurita.

—De lo cual me alegro.

—He oído decir que tú también escribes versos.

—Alguna vez. Es una afición como otra cualquiera. Hay quienes prefieren el fútbol o el ciclismo. A mí me van más los libros. No tienen por qué ser de poesía. También me gusta la narrativa...

—Ya, ya... Verás es que... Hace unos días leí unos poemas de un autor desconocido...

Ni siquiera sabía por qué estaba allí dándole la vara a Emilio por una tontería. El nombre de Tomás L. se me había metido en el cerebro y no podía dejar de pensar en él. ¿Por qué? No tenía ni la más remota idea.

Emilio y yo salimos al pasillo mientras seguíamos hablando.

—¿Y quién es ese poeta que te gusta tanto? ¿Blas de Otero, Gil de Biedma, Miguel Hernández...?

—No creo que lo conozcas...

—No será uno de esos que publican chorradas en las redes sociales... Un *youtuber* o como se llamen... ¡Si al menos escribieran sin faltas de ortografía!

—No, no... Es un poeta que debe de tener... —pensé en mi madre—... unos cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años...

—Tampoco conozco a todos los poetas vivos.

Habíamos llegado a la puerta del aula de 4.º C. Los alumnos estaban haciendo el idiota, de pie, asomándose a las ventanas, jugando al fútbol con una pelotita de papel, trazando dibujos estúpidos en la pizarra.

—¡Todo el mundo sentado en su silla en cinco segundos! —gritó Emilio.

Casi nadie le hizo caso.

—Dime, Susana. Tengo que meterme ya en clase y tú tienes que ir a la tuya...

—Se llama Tomás L.

Emilio se quedó con los ojos en la nada.

—¿Tomás L.?

—Sí.

—Pues no conozco a ningún poeta que se llame Tomás L.

—¿Seguro?

—Susana, yo no conozco a tantos poetas actuales... Soy profesor de Literatura, pero casi todos los poetas de los que hablo en clase están muertos.

Me quedé sin saber qué responder.

—¿Y no sabes cómo podría localizarlo? —pregunté desesperada.

Emilio me miró con expresión de perplejidad.

—¿Es que ahora te gusta la poesía?

Dije que sí para no tener que dar más explicaciones. Mi profesor volvió a reclamar silencio a los alumnos, sin conseguir que le obedecieran. Se quedó dudando unos segundos.

—Hay una librería por el centro de Madrid... Se llama Amapolas en octubre —añadió con la mano ya en el pomo de la puerta—. A lo mejor allí te aclaran algo. Tienen libros de autores que no conoce ni Dios. Tal vez ellos puedan darte información.

\* \* \*

El domingo por la tarde volví a acordarme de Tomás L. Y me acordé porque abrí el libro de Bécquer para leer otra leyenda.

Pero no pude pasar de la primera página.

«Para Sofía. Mi musa, mi luz, mi razón de vivir».

¿Cómo podía dejar de pensar en aquellas palabras que un poeta había dedicado a mi madre cuando era soltera? ¿Qué había ocurrido en realidad entre Tomás L. y mamá? ¿Se habían amado?

¿Por qué un amor tan poético y espiritual había terminado en nada? Se suponía que todo aquello había ocurrido mucho antes de que mi padre apareciera en escena.

No podía evitar sentir una especie de cosquilleo interior, aunque por otro lado experimentaba una profunda vergüenza. Sabía que no estaba bien meterme en la vida íntima de mamá. A fin de cuentas, ¿quién no se ha enamorado en su juventud? ¿Quién no ha tenido un pretendiente? Incluso más de uno.

Mis pensamientos me llevaron hasta Lidia. A ella le gustaba un chico cada semana. Si hacía una lista con todos los macarrillas de los que se había enamorado no tendría bastante con una libreta... Pero mi madre no era como Lidia, me dije, sin poder soportar la comparación.

Tomás L.

¿Por qué no le volvía a preguntar a mamá directamente?

Entré en el salón. Mi madre estaba hablando por teléfono, de pie, junto al ventanal que da a la gasolinera de la esquina, así que me fui directa a la nevera, la abrí y me serví un poco de zumo de piña. Me senté en el sofá. En la tele estaban dando un programa concurso.

Mamá acabó su conversación y se sentó a mi lado.

—¿Ya has terminado tus tareas?

—Claro. Estaba leyendo una historia que se llama «El rayo de luna», de Bécquer. ¿La conoces?

—Por supuesto. La leí cuando iba al instituto, como tú.

—Oye, mamá... Ese chico, el que te dedicó el libro... ¿Cómo se llamaba de apellido?

Mi madre frunció el ceño.  
—Susana, ¿a qué viene eso?  
—No sé. Simple curiosidad.  
—Liébana —suspiró mamá.  
—¿Y no has vuelto a saber nada de él?  
—Susana. Tomás y yo salíamos juntos hace, hace...  
¡buf!... Hará ya quince años o más...  
—O sea, que no era un compañero de clase.  
Mamá soltó una pequeña carcajada.  
—No, cariño. Tomás y yo nos conocimos cuando yo tenía veintidós o veintitrés años...  
—¿Y estuvisteis juntos mucho tiempo?  
—Pero ¿qué mosca te ha picado?  
—Mamá... Nunca me has hablado de tus conquistas de soltera.  
—Eso son cosas que una madre nunca le cuenta a una hija.  
—¿Por qué? Vamos, no seas mojigata...  
—¿Y qué quieres saber? Tomás y yo salimos juntos un tiempo, sí, y luego todo acabó. Fin. No hay nada más que contar.  
—Pero ¿por qué lo dejasteis?  
Mi madre se puso seria.  
—Basta, Susana. No sé. No recuerdo. La vida es así. Ya está. Punto final.  
—¿Y cuándo te enamoraste de papá?

—Pues yo qué sé... Después...  
—¿Y nunca has vuelto a ver a Tomás? ¿No sabes qué fue de él?  
Mamá me dijo que no con un gesto. Bebí un poco de zumo.  
Yo sabía que mi madre había sentido algo muy especial por Tomás Liébana. Si no, ¿por qué iba ella a guardar aquella carpetita azul llena de poemas de amor? Lo lógico habría sido deshacerse de ellos, sobre todo después de casarse con otro hombre.  
¿Quién conserva los poemas de alguien a quien amó en su juventud si ha rehecho su vida con otra persona?  
Era todo muy extraño. O al menos, eso me parecía a mí.  
—¿Y cómo te enamoraste de papá? —pregunté de golpe.  
—No tengo ganas de hablar de eso.  
—¿Por qué?  
—Porque no.  
—Mamá. Venga, me gustaría que...  
Mamá se levantó.  
—Susana, ve y termina de leer la leyenda y revisa tus tareas. No haces más que cotorrear...  
Dejé el vaso en la pila del agua y me marché a mi cuarto. Intenté leer la leyenda de Bécquer pero mi mente no hacía más que pensar en Tomás Liébana.

«Mi musa, mi luz, mi razón de vivir».

Alguien que te ha escrito eso es alguien que ha significado mucho en tu vida.

VICENS VIVES



J. R. BARAT

J. R. Barat (Valencia, 1959) cultiva todos los géneros literarios y en todos ha cosechado importantes reconocimientos. Como narrador ha obtenido el Premio Hache a la mejor novela española con *Deja en paz a los muertos*, primera de la serie Daniel Villena, una pentalogía que se completa con *La sepultura 142*, *Llueve sobre mi lápida*, *La noche de las gárgolas* y *La cripta negra*. También ha recibido el Premio Los Inmortales por *Clara en la oscuridad*. Ambos galardones han sido otorgados por el público adolescente. Cabe destacar también *Nowhere*, *La Cofradía de la Luna Roja*, *La perla de Sanzio*, *La goleta de los siete mástiles*, *El ojo de Polifemo* o *Legendas de Andalucía*. Su obra poética está avalada por libros como *Poesía para gorriones*, *Luna de mazapán* o *Historias estrafalarias*. De su producción dramática subrayamos *Una de indios*, *El reino de los mil pájaros* o *Fábulas del Paraíso*.

Más información, [www.jrbarat.es](http://www.jrbarat.es).

# EXPEDIENTE BÉCQUER

nueve alas

J. R.  
Barat

Susana Lobo es una joven inteligente y rebelde de dieciséis años, hija única de un matrimonio acomodado. Su vida transcurre con absoluta normalidad hasta que, cierto día, descubre por azar una dedicatoria muy extraña en un libro de Gustavo Adolfo Bécquer que su madre guarda entre sus cosas de soltera.

Cuando trata de averiguar qué misterio se esconde tras esa dedicatoria, su madre reacciona con evasivas y reticencias, lo que despierta en la chica la sospecha de algo turbio. Susana decide investigar por su cuenta y pronto averigua que su madre esconde en un cajón oculto de su habitación objetos, cartas y recuerdos de soltera. Cosas que evidencian una misteriosa historia de la que nunca le han hablado y que tiene que ver con ella.

Cada vez que la joven avanza un paso en su investigación secreta, los enfrentamientos con sus padres se hacen más y más encarnizados. Poco a poco, su mundo se desmorona. Un mundo que ella descubre sustentado sobre un entramado de mentiras, oscuridad y muerte.

 Vicenes Vives

